

Félix
Remas
Roda

ALGABIRA, 95
TELEFONO 126

ELECTRICIDAD

RADIO

REPARACION DE CAMARAS
FRIGORIFICAS

CALEFACCION
SANEAMIENTO

INSTALACIONES GARANTIZADAS

PRECIOS LIMITADOS

PIDA PRESUPUESTO
SIN COMPROMISO

CUIDAMOS DE LA PARTE
TECNICA EN TODA LA
COSTA BRAVA DE LA
CAFETERA «SOBERANA EXPRES»

*Desea a sus clientes
y amistades
Felices Navidades
y Próspero
Año Nuevo*

La palabra
ESCRITA

UN CANTO A LA LIBERTAD

... ¿Dónde se entona este canto? Pues a lo largo del celuloide de la película «El puente sobre el río Kwai». Un canto apasionado e inteligente, rotundo, útil. Un canto a la libertad interior, la que más humaniza y dignifica al hombre.

Hay obras de arte — y «El puente sobre el río Kwai» es una gran obra de arte cinematográfico— que llegan al corazón y a la mente, que suscitan, y a muchas personas a un tiempo, más un sentimiento que una mera emoción. Obras de arte que forman el espíritu, porque tiene algo profundamente ejemplar que ofrecer. Así ocurre con esta película. No sucede muy a menudo que una obra cinematográfica alcance un éxito tan grande. Sobre todo, cuando que se basa —además de su magnífica realización técnica— en la exposición de unas ideas: en este caso, la libertad conseguida por el camino del cumplimiento del deber. Y la mayor parte del público sale impresionado de la sala de proyecciones: ha asistido a una formidable lección de hombría que engendra unas emociones y, luego, un sentimiento que puede perdurar.

El coronel de un batallón inglés prisionero de los japoneses —durante la pasada guerra— no quiere que sus hombres, obligados a construir un puente, trabajen en calidad de esclavos, sino en calidad de hombres libres por lo menos en su decisión. Cada una de las piezas del puente ha de ser colocado como en acto de servicio no al enemigo y sí a la propia libertad. Es más, como acto de servicio al hombre. El coronel no va a construir un simple puente, un puente más... Aquel puente ha de ser el motivo de la libertad interior de sus hombres y por lo tanto, ha de ser un puente perfecto.

Para conseguir desvelar en sus soldados —presos como él— este sentido de la libertad interior, el coronel pasará grandes penalidades que pondrán a prueba su hombría. Pero triunfará en su empeño y, entonces, él y sus soldados trabajarán en el puente como si se tratara de construir el puente más importante del mundo. ¿Acaba aquí la película? No. Pero no seguiré contando más. El desenlace tiene auténtica grandeza y su efecto sorpresivo no se le puede hurtar a nadie.

Libertad interior. Es difícil para muchos llegar a entender esta realidad.

¿Cuántos privados de libertad exterior saben vivir esta real libertad del espíritu? El coronel sabe hacer vivir en sus oficiales y en sus soldados este sentimiento y este deber, cuya autenticidad está dispuesto a demostrar con la entrega de su propia vida. Tanto es así, que el carcelero —el jefe del campo nipón— se ve convertido en encausado: porque a perdido el poder de restringir la libertad interna de unos hombres que han dejado de ser esclavos para pasar a ser constructores.

Una idea, una idea y un conocimiento de la libertad empujaron al coronel inglés. Idea y conocimiento de eso que el teólogo alemán Augusto Adam denomina «La virtud de la libertad». Esa virtud cuya práctica es tan difícil.

Ser libre es una de las más penosas virtudes, una de las más responsables y arriesgadas virtudes. Pero a ella estamos obligados por un mandato no menos responsable y cierto. Estamos obligados a la libertad en cuanto estamos obligados al conocimiento de la verdad. El militar inglés conocía el valor de la virtud de la libertad y el valor de la verdad que esta virtud supone. Por lo tanto, era un hombre libre y no podía negar a los demás su conocimiento, al precio que fuera.

Más adelante, la película —modificando y mejorando el argumento del novelista Pierre Boule— nos dice que otras cosas pasaron por el espíritu del coronel, qué tentaciones le asaltaron. Pero, en la plenitud de su actuación, el coronel es un esforzado practicante de la virtud de la libertad. De esa virtud tan a menudo olvidada y escarnecida. De esa virtud que se basa en aquella sentencia de Cristo: «La verdad os hará libres». Sentencia que yo, que deseo ser un hombre de buena voluntad, me atrevo a recordar a todos los hombres de buena voluntad que se hayan acercado a mis palabras de ahora. Ya que la paz es tributaria de la verdad.

ENRIQUE BADOSA